



CAFÉ. Dibujo de Roberto Londoño.

Florecimiento y ocaso de los cafés en Bogotá

ANA MARÍA CARREIRA

Introducción

El tema que guía este artículo es el espacio público, concibiéndolo como lo emergente del encuentro entre el plano y la acción colectiva, es decir, en la combinación de “lo concebido” y “lo practicado”. La ciudad latinoamericana adolece de un pecado de origen, haber privilegiado lo planificado en detrimento de lo practicado, por lo tanto, en su devenir se manifiesta una “conquista” permanente de sus habitantes por el derecho a vivir en la ciudad. Conquistar la ciudad es la posibilidad de resistencia social al poder, expresada en la lucha por transformar el orden urbano impuesto (Salcedo Hansen, 2002).

Para dar cuenta de esta concepción de espacio público, se presenta el caso de los cafés en Bogotá. Entre los años 20 y 40 del siglo XX, cuando surgen y florecen en el centro de la ciudad, configurando a través de las prácticas de sus asiduos y habituales concurrentes un espacio público de la naciente clase media. La violencia desencadenada luego del *bogotazo*, no sólo trajo un reordenamiento físico de la ciudad, sino sobre todo la represión en el uso de ésta, lo que provocó, entre otras cosas, el ocaso de los cafés.

El concepto de espacio público: *polis* vs. *urbs*

En la Antigua Grecia lo que hoy se llama “espacio público” remitía entonces a la plaza pública, el sitio donde acudían todos los habitantes de la *polis*, para mercadear, competir y para lo más importante: hacer público lo que pensaban. Era también el sitio de referencia para ubicar los templos, los palacios y las viviendas. Por lo tan-



PARQUE SANTANDER

Cra. 7, con Calle 16.

Esta zona, en tiempos coloniales, se conocía como la del Humilladero, dominada por la Plaza de San Francisco. Hacia 1572 contaba con las iglesias de San Francisco y La Veracruz, el convento de Santo Domingo, algunas casas particulares y una zona destinada al mercado del río San Francisco. Hoy, es uno de los lugares públicos más destacados, por incluir el edificio Avianca, el Museo del Oro, el Jockey Club y la sede del Banco de la República.

to la *polis* tenía como centro esa plaza, el *ágora*, ese ámbito público donde se reunían los ciudadanos para tomar las decisiones relativas al destino del conjunto de la comunidad, de modo que la existencia del *ágora* implicaba esa experiencia ética de la ciudadanía¹.

A diferencia de estos antecedentes, España crea en Latinoamérica la *urbs*,² es decir se privilegia la dimensión física y construida, y no una *civitas*, en el sentido de la *polis*, es decir en relación con su dimensión política y social. Será una forma urbana producto de un diseño urbanístico políticamente determinado, cuyo objetivo ha sido, principalmente, distribuir valores simbólicos e influenciar sobre las estructuras relacionales de los habitantes de la ciudad. Fue, como señala Ángel Rama en *El Sueño de un orden* (1984: 11-14), para “perpetuar el poder y para conservar la estructura socio-económica y cultural que ese poder garantizaba”. Pero además, y en este caso validando la concepción griega, oponía la ciudad, la *polis*, a la barbarie de los no urbanizados.

Sin embargo, en la *polis*, a diferencia de la *urbs*, la intención es formar al ciudadano a través de instituciones generadoras de sentido de pertenencia a su ciudad y de conciencia, esto es que a partir de su reflexión, su conducta, sus decisiones y su participación en la vida política, depende la continuidad de ella. En cambio en la *urbs* se materializa la noción traída por el conquistador; una ciudad sin ciudadanos, que elimina o margina a los diferentes. Esto contradice el sentido mismo del espacio público que reconoce al otro y acepta la diferencia, contrario al acto mismo de la fundación que desconoce la existencia de otro diferente.

Esta concepción se va a traducir materialmente en la ciudad latinoamericana, a partir de aplicar una traza urbana común en forma de tablero, “el damero”, cuyos principios fueron: “unidad, planificación y orden riguroso”, traduciendo en ello una jerarquía social (Rama, 1984: 7). Aprile-Gnisset (1991: 197) dice al respecto: “la línea recta *a regla y cordel* y la retícula ortogonal, de una vez parten y separan predios, fraccionan el terreno y despedazan el espacio. No sólo limitan y deslindan, sino que definiendo zonas separan a sus moradores, más que el espacio. Lo público se define por medio del contraste con su opuesto: lo particular”. En este modelo prima el espacio privado y el espacio público, el común, es aquel resultante del reparto de predios, siendo entonces lo residual.

La ciudad latinoamericana se planifica a partir de un espacio abierto materializado por la plaza, que forma el núcleo o punto central para la generación de las calles.

- 1 La polis griega se distingue de los restantes tipos de estados, en que los *politai* (ciudadanos), poseen desde el momento mismo en que se reúnen, en que forman la “*ecclesia*”, el derecho a discutir los asuntos del Estado. El hombre va a ser la medida de todas las cosas y no un dios ajeno, sin embargo no serán todos los hombres, la mayoría quedará afuera de esa democracia sublimada.
- 2 La *urbs*, una ciudad teórica pensada por Vitruvio, el arquitecto romano que se basaba en el orden, en la línea. El rasgo fuerte es el carácter intemporal de la geometría, que niega la historia de aquellos que se conquistaba en el imperio romano. No es sólo el dibujo, es la forma de implantarlo y esto permitirá a los españoles la pacificación de las tierras conquistadas y la explotación de la mano de obra de los indígenas.

El damero junto a la plaza serán el símbolo y el medio que tras varias décadas de ensayo y error, a partir de los experimentos pragmáticos locales, se irá cristalizando en un modelo legislativo, permitiendo a España dar unidad formal y estructural a la ocupación territorial en toda la América. La ciudad latinoamericana se planifica a partir de un espacio abierto materializado por la plaza, que forma el núcleo o punto central para la generación de las calles.

Por lo tanto, la Plaza Mayor será concebida como el único espacio público, dominará el paisaje, al expresar la victoria de la cultura sobre la naturaleza, y dominará también la vida cotidiana de los habitantes. Esto implica que no se crea para ser el foco de la vida civilizada o urbana en el sentido de la *polis* griega, sino como artificio simbólico para los fines de la evangelización y para anunciar, ceremonializar, administrar, aculturar, disciplinar y controlar. Con ella España materializa ese mesianismo temporal por el cual se unifica el destino de la nación con el de la iglesia.

Este modelo ha mantenido una permanencia que se manifiesta no sólo a través de los monumentos y diferentes signos físicos del pasado, sino sobre todo a través de la persistencia de los trazados; por las calles y por el plano, los cuales “están dotados de vitalidad continua, y a veces se destruyen; queda entonces la permanencia de las formas, los signos físicos del locus” (Rossi, 1982: 99). Aunque no todo hecho urbano permanece, es innegable que la ciudad latinoamericana experimenta en “el damero” una forma de fuerte persistencia; “una matriz abstracta, inflexible, sobre la que cualquier expresión de lo concreto no puede sino ser contingente; una estructura” (Gorelik, 1998: 273). Una huella que mantiene su vitalidad y determina una forma de hacer y de apropiarse de la ciudad.

La práctica social: costumbres y situaciones

Esta dimensión espacial propia de la ciudad latinoamericana, “el damero”, se fue reconfigurando a



través de una práctica social animada por sus habitantes. No sólo las permanencias son materiales, las prácticas tanto como las normas “se reproducen a lo largo de las generaciones dentro del entorno lentamente diferenciador de la costumbre” (Thompson, 1995: 20). Estas prácticas se manifiestan en los espacios públicos, son prácticas sociales inveteradas, más que tradicionales. Allí los conflictos propios de las sociedades urbanas, como las “luchas urbanas”, no destruyen gran cosa, es como si existiera un estrato imperturbable referido a las prácticas sociales y las costumbres (Joseph, 1988: 22). Por lo tanto, no siempre las luchas que se expresan en la ciudad, implican un cambio en el orden instituido.

Estas costumbres son disposiciones adquiridas en relación con la ciudad, son rituales que llevan a actuar a los distintos individuos o grupos de una determinada forma en los espacios públicos. A partir de ello se constituyen espacios de diversa composición y extensión, con una actividad constante de articulación e imbricación, donde se definen unas formas de interrelación espacial y temporal, que en definitiva son las que distinguen a unos y otros sectores sociales. Esta capacidad de ritualizar establece un cuerpo de concepciones acerca de lo que está permitido hacer o no en el lugar. Por lo tanto, la sig-

CAFE EL AUTOMÁTICO, 1949.
Fernando Arbeláez, Rodrigo Jiménez Mejía, Ignacio Gómez Jaramillo, Rogelio Echavarría, Guillermo Payán Archer, Eduardo Lira Espejo (Músico Chileno) y Jorge Zalamea (de Pie), integrantes de la Gruta Simbólica. Revista Café Literario.



**PARQUE DE
LA INDEPENDENCIA**

Calle 26, entre Carreras 5 y 7

Su diseño es de Mariano Sanz de Santamaría, realizado en 1910, con una intervención de Rogelio Salmons realizada entre 1969 y 1971. Se construyó con motivo de la conmemoración del primer centenario de nuestra independencia. Posteriormente, varias de las construcciones proyectadas fueron descartándose, y varias de las construidas fueron desapareciendo a causa del desarrollo urbano. En la actualidad sobrevive el Quiosco de la Luz, uno de sus pabellones originales.

nificación del lugar se define a través de las marcas del comportamiento reconocidas como característica por la comunidad, y que sus integrantes utilizan de manera estratégica.

Cada territorio está marcado por ceremonias de territorialización, por ritos desarrollados en el espacio público, una construcción deliberada de situaciones. En las situaciones se manifiestan diferentes acciones, conquistas o reconquistas del espacio público; las derivas del transeúnte ocioso, el paseante callejero que tiene recorridos, “disgresiones del texto urbano que se disocian en los rostros y que funcionan según el modo de la reciprocidad inmediata” (Joseph, 1988: 25-26). Las acciones destinadas a esquivar, a evitar choques, a la indiferencia y a conformar redes de movilización, en ellas se descubren vínculos, lazos, más que lugares o relaciones, son fenómenos reflexivos -enfrentamientos, interacciones-, sistemas de obligación recíproca de la vida cotidiana que constituyen la contextura de lo social.

El espacio público tiene necesidad no sólo de la pluralidad de las diferencias, sino también de su enmarañamiento. Joseph (1988: 19) dice al respecto que en él hay “desorganizaciones parciales y transitorias que se sitúan en una sociología de la adaptación”. Estas formas de enmarañamiento en la ciudad son inventadas por el habitante que actúa como un comediante sin partitura. Allí la palabra, las actuaciones comunicativas se despliegan en un ámbito de apariencias concertadas. El habitante desempeña un papel en un espacio público, es decir, interviene en una situación.

Frente al funcionalismo propuesto por la ciudad planificada, sofocando al habitante, éste genera mecanismos para poner en juego sus capacidades creativas a través de formas de acción colectiva y métodos de agitación que fomentan el libre uso y transformación del espacio público. Dice Manuel Delgado (2002: 110) “toda práctica social practica el espacio, lo produce, lo organiza”, forjándolo a través de una vivencia y una percepción corporal. En esa prácticas sus habitantes reinventan los espacios planeados, impregnándolos de cualidades y atributos, configurando espacios urbanos cambiantes, discontinuos y fragmentarios, que, sin embargo, están siempre condicionados por los datos materiales que contrastan esta acción.

La conquista del espacio público

La ciudad fundada en la colonización española, como se ha señalado, trae una negación o indiferencia del otro, el diferente, el extraño, al que mantiene en una actitud de tolerancia o expulsa de su seno. Este sentimiento (no ajeno a otras ciudades occidentales

**El espacio público (...)
posibilita y potencia el
encuentro, la congregación
y la confrontación entre
diferentes, allí se despliegan
las manifestaciones
artísticas, científicas y
políticas, y se expresan
las alegrías y las tristezas
colectivas.**

pero de raíz diferente) implica la no aceptación de la diversidad y el intercambio social; traducido en un desconocer al otro su derecho a la ciudad, a practicar en ella, a participar de ella, y a brindarle la posibilidad de plasmar sus imaginarios y sus deseos. Por tanto, a pesar de que en estos tiempos el debate sobre la declinación del espacio público se presenta como un problema actual, por lo menos en América latina tiene una larga tradición.

Este conflicto estructural en la ciudad latinoamericana; la ausencia de centralidad del espacio público, ha sido transgredida a través de la acción de sus habitantes, y esto posibilita su existencia y su riqueza de formas espaciales y socioculturales. Construyen y reconstruyen espacio público, en un proceso continuo de conquista socio-espacial, un modo de hacer y de apropiarse de una ciudad, que les niega su lugar.

Por consiguiente, el espacio público no es un espacio abierto de la ciudad, o el fondo donde se desarrolla la actividad colectiva, o unas tipologías o artefactos definidos, sino que es aquel que emerge a partir de una colisión entre el espacio concreto y la experiencia social. Remite a las esferas de la acción humana, más desde una dimensión política de la vida social, de un modo análogo a la noción de polis (Gorelik, 1998: 19). Por tanto, es a través de la incorporación activa de los habitantes al espacio público donde éstos adquieren su condición de ciudadanos.

La simple lectura o descripción de las formas espaciales no es suficiente, no hay autonomía entre las formas del espacio y las prácticas sociales. El espacio público implica dominio público, uso social colectivo y multifuncionalidad. Su calidad se evalúa sobre todo



CAFE LA GRAN VÍA. Lugar donde se suicidó el caricaturista Ricardo Rendón en 1931. Revista Café Literario.

por la intensidad y la calidad de las relaciones sociales que facilita, por la fuerza y capacidad de reunir grupos y comportamientos diferentes, por su facultad de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración cultural.

El espacio público es la razón de ser y de estar de la ciudad, allí se asimila la diferencia, la conciencia y el reconocimiento del otro. Es el espacio que posibilita y potencia el encuentro, la congregación y la confrontación entre diferentes, allí se despliegan las manifestaciones artísticas, científicas y políticas, y se expresan las alegrías y las tristezas colectivas. Por tanto, lo que define la naturaleza del espacio público, más allá del estatuto jurídico, es el uso que hacen de él los habitantes de la ciudad. Allí se reconoce la diversidad cultural, social o económica, y convergen los distintos proyectos, actitudes y comportamientos. De tal forma que lo colectivo tenga vida y la ciudadanía se active y se ejerza en el marco de la diversidad.

Los cafés en Bogotá

“...el café es la pereza, el saber zurrir los minutos sin encontrar ningún fondo de utilidad al tiempo [...] Todo es laxitud. Los pequeños pocillos cargados de su líquido negro y humeante, el cenicero, el espectáculo de los demás contertulios. La tacita gritará que no vale la pena apresurarse. En el café siempre será más temprano de lo que se cree. Es una sabia costumbre de la vagancia...”

Pedro Acosta Borrero. Cromos. Marzo 24, 1951.

A pesar de ser el café el principal producto de exportación colombiano, fue recién a finales del siglo XIX cuando comenzó a practicarse en Colombia el pernicioso hábito, o como dijo José María Vergara



PLAZA DE SAN VICTORINO

Calle 12 Y 13, entre Cra. 11 y 13

Víctima de un enorme deterioro por cuatro décadas, este espacio, que encuentra su nombre en el santo abogado en 1577 para proteger de las heladas los cultivos de la Sabana, fue rescatado de la invasión a que estaba sometido por vendedores ambulantes, desde 1964. Hasta 1827, tuvo una iglesia que debió ser demolida tras un terremoto. Hoy, en armonía con el Eje Ambiental y el próximo parque Tercer Milenio, esta plaza ha recobrado su vitalidad.

y Vergara a tomarse “el impúdico brebaje”. Bogotá pasó del chocolate al té, y entró a la modernidad disfrutando del café. Tomar café se convirtió en uno de los hábitos en la vida bogotana, avivando su colorido de ciudad moderna. En un principio, los espacios donde se tomaba café eran bares, cigarrerías, cantinas, donde circulaba el brandy y algunas buenas cervezas importadas de Europa, o las hechas en el país, las “pitas” o “cabuyas”, y el café, más que una bebida, se consideraba un remedio para alejar el sueño.

Fue en los años 20 cuando el café, no sólo como infusión, sino como lugar de encuentro, como espacio público cobró ímpetu y se convirtió entonces en una institución con existencia propia, con sus costumbres y sus irremplazables normas colectivas. Como escribe Pedro Acosta Borrero, el café era una de las formas de pasar momentos de la vida “más intensos y al mismo tiempo intrascendentes [...] es el desperdicio de las horas, la vocinglería del trópico, el arrogante reto hispano, el egocentrismo del sabanero, la egolatría del hombre de la capital, todas ellas costumbres, símiles y arrogancias muy nuestras” (*Cromos*, marzo 24, 1951).

El café es un ejemplo de espacio público donde las prácticas sociales le fueron otorgando una identidad, una dinámica y diversidad que eclipsó a los sitios planificados. Los cafés bogotanos se extendieron dentro de los límites del centro de la ciudad entre los años 20 y 40, y se distinguían por su clientela y el lugar donde se localizaban, varios tuvieron prestigio por el carácter y el oficio de sus visitantes; pero fue, fundamentalmente, una forma de sociabilidad de la incipiente clase media bogotana. La clase alta, por su lado, tenía sus clubes privados como el *Jockey Club* (1894)³; espacios donde se creaban y reforzaban lazos políticos, sociales y económicos, y la clase baja acudía a las chicherías⁴.

Bogotá, señala José Joaquín Jiménez, vivía del café, “todos aquí, blancos, jóvenes, damas, damos, tomamos café...”, nada se hacía sin el café de por medio: el negocio, el plan político, la charla superficial, “la meditación, el ensueño, hasta el mismo silencio, están manejados por el tinto. Puede decirse que el café tinto es la sangre que alienta en el noble corazón de la ciudad” (*El Tiempo*, febrero 25, 1941). Por las noches el café cir-

Fue en los años 20 cuando el café, no sólo como infusión, sino como lugar de encuentro, como espacio público cobró ímpetu y se convirtió entonces en una institución con existencia propia, con sus costumbres y sus irremplazables normas colectivas.

3 El *Jockey Club* funcionó desde 1894 en una antigua casa en el costado oriental del Parque Santander, y tras la demolición de ésta, en el mismo solar en 1939, el arq. Gabriel Serrano construyó la nueva sede. El edificio se diseñó evocando la arquitectura de los clubes ingleses. Por otro lado, el *Gun Club* se fundó en 1882 y se ubicó en el tercer piso de las galerías Arrubla y luego se trasladó al lado norte del Parque Santander, en la calle 16 N° 7-76, para luego localizarse en la Av. 82 con carrera 8ª.

4 Según Osorio Lizarazo (1988) se denominaba “asistencias” a las chicherías clandestinas, sitios donde se desarrollaba una intensa actividad popular.



CAFÉ EL AUTOMÁTICO. Charla del dramaturgo Oswaldo Díaz Díaz y los poetas León de Greiff, Jorge Zalamea y Arturo Camacho Ramírez, mientras escuchan a Garzón y Collazos y son observados por Fernando Jaramillo, propietario en ese entonces de El Automático. <http://www.ciudadviva.gov.co/agosto05/magazine/3/>

culaba por las calles y plazas en termos que llevaban los vendedores ambulantes, y cuyos mejores clientes era los policías de servicio.

El café era un pequeño universo; alrededor de pequeñas mesas se reunían poetas, estudiantes, ganaderos o políticos, en grupos que configuraban especies de archipiélagos casi pegados unos a otros, donde a veces la oratoria y la poesía se daban la mano. Generalmente estaban dotados de un tocadiscos mecánico y eléctrico, que por cinco centavos ofrecía una gama de piezas: tangos, boleros y canciones, y generalmente no faltaba la mesa de billar.

Germán Arciniegas recuerda la atmósfera casi irrespirable del café, no eran abiertos, y “entraba uno empujando una puerta de vaivén y se demoraba unos instantes para poder localizar la mesa libre en medio del pesado humo (tabaco y cigarrillo) que envolvía la atmósfera” (*El Tiempo*, marzo 28, 1996). Al humo se sumaba lo reducido del espacio; en las mesitas para cuatro se apretujaban seis y los meseros hacían prodigios para servir. Época de sombreros que por la demasiada clientela de los cafés más reputados no había donde colgarlos.

Muchos estudiantes, la mayoría provincianos que vivían en pensiones, compartiendo pequeños cuartos, pasaban las noches en los cafés. Tomaban tres o cuatro pocillos de “tinto” para no dormirse y poder reparar sus tareas, a pesar del fastidioso ruido “mezcla de voces de borrachos, de cantinelas de poetas en trance y de música rampante de rumba” (*El Tiempo*, noviembre 20, 1940). Y para los hombres públicos los cafés eran especies de tribunas públicas, allí se ponían en evidencia, llamaban la atención, y a bajo costo, lograban satisfacer a sus admiradores con un “tinto” o “perico”.

El café era un sitio casi exclusivo de hombres, era el sitio de reunión de los intelectuales por fuera de las casas, ya que éstas representaban “el hogar sagrado donde [estaban] las señoras, las hijas...” (Álvarez, 2002: 64). Por lo tanto, a los cafés no concurrían mujeres, las costumbres tradicionales les impedían compartir esos goces contemporáneos. Este rechazo de la mujer al café tenía raíces en la infancia, cuando se les enseñaba a “no demorarse en las bizcocherías incómodas y desagradables”. Por lo tanto, las mujeres concurrían a sitios muy diferentes al del



PLAZOLETA DEL CHORRO DE QUEVEDO

Calle 13, con Cra. 2.

Según algunos historiadores, este es uno de los lugares donde pudo ocurrir la fundación oficial de Santafé de Bogotá, el 6 de agosto de 1538. Se trata de una pequeña plaza que gira alrededor de una fuente y algunas construcciones antiguas, incluyendo una pequeña iglesia. El callejón que conduce cuesta abajo, a la ciudad, es un lugar en el que hoy abunda el ambiente estudiantil en torno a bares, restaurantes y lugares de esparcimiento.

café; se reunían en los salones de té, en las “fuentes de soda” o el “grill room”, en medio del bullicio de las orquestas, o seguían la costumbre norteamericana de los puestos de “hot dogs” (*Cromos*, marzo 24, 1951).

Alberto Lleras Camargo (Rendón, 1976) recuerda los cafés de los años 20 de su juventud como una prolongación de la calle, al alejarse de éstas se entraba “a los puertos de cabotaje más cercanos”, donde permanecían horas enteras, sólo separados de la calle por puertecillas movedizas y persianas de madera, desde donde se veían los pies y las piernas de los transeúntes.

A pesar del auge del café, por entonces esta infusión se mezclaba con otros frutos, por lo que los bogotanos bebían un café que era “una pócima deletérea, venenosa y horrible”. Semillas como habas, maíz, achicoria y trigo se mezclaban junto a los granos de café, y esa mezcolanza recibía el nombre de “tinto”. Sumado a esto, la preparación carecía de aseo, no sólo el café molido se almacenaba en recipientes sucios, sino que al tostarlo no se tenía cuidado de evitar que se quemara, y una crónica de *El Tiempo* (febrero 25, 1941), agrega: “Los pocillos en que se sirve, usan una gruesa costra de mugre. Si una libra de café molido da [...] ochenta pocillos de “tinto”, en el cafetín se le exprime y trabaja, para que produzca ciento ochenta...”.

Muchos recuerdan a Bogotá como una ciudad de muchos cafés, un artículo periodístico lo ilustra: “En las tardes y noches se llenan de clientes, de preferencia los establecimientos con femenino servicio...” (*El Tiempo*, abril 11, 1946: 15). En 1948, durante la celebración del Congreso Latinoamericano de Estudiantes Universitarios (convocado para aprovechar la audiencia de la Conferencia Panamericana), entre los asistentes se encontraba el joven cubano Fidel Castro, quien en sus recuerdos sobre las primeras impresiones de Bogotá, antes del 9 de abril, destaca: “había muchos cafés, parece que era un hábito, una tradición colombiana el llegar a los cafés a tomar café, cerveza o refresco y todo el mundo con sus sobretodos...” (Alape, 1983: 184).

El ocaso de los cafés

Bogotá a finales de los años 40, con aproximadamente 500.000 habitantes, pasó de una época de alegría y poesía a tiempos de reserva y miedo, así lo deja traslucir el poeta Fernando Charry Lara, en una entrevista realizada por Piedad Bonnett (2003). En ella Charry da cuenta del surgimiento del movimiento del “pedracielismo” durante la república liberal, y concluye: “Entonces viene esta historia tan violenta que creo que conmovió mucho a la gente. Ésta se silenció y se aterró. Creo que el silencio de la poesía fue en gran parte eso”. El poeta vincula, por un lado el período de florecimiento de movimientos literarios con la república liberal y por otra parte, el apagón de la poesía con la violencia de fines de los años 40 y el “bogotazo”.

El ambiente en los cafés había iniciado un proceso de cambio, al introducirse el tema de la campaña política del partido liberal donde estaban en juego las candidaturas de Turbay y de Gaitán (1944-46), y luego la campaña presidencial entre liberales y conservadores. Fundamentalmente, las conversaciones y discusiones gi-

raban en torno a Gaitán, “su aspecto y su voz, sus gestos, su lenguaje y su oratoria se convirtieron en el principal objeto de conversación en los cafés, en las casas, en los clubes de la ciudad” (Braun, 1987: 158). Junto a ello comenzó a circular el periódico Jornada, vendido a grito de voz por los propios gaitanistas en las calles, cafés y tranvías.

Por un lado había ingresado el tema de la campaña, pero también ingresó la violencia. En “El Bogotazo. Memorias del olvido” (1983: 101-103)⁵, Arturo Alape se remonta a 1947, cuando justamente en los cafés del centro de Bogotá comenzó a avizorarse y tomar fuerza la violencia bipartidista que desde el campo entraba a la ciudad a partir del nombramiento de Jorge Eliécer Gaitán como jefe del partido liberal. Alape rescata recuerdos como éste: “entraba uno al café con una corbata roja y ¡sas! se la cortaban. No podía uno entrar a un café con nada rojo, era peligroso para la vida”. Lo confirmaba José García, otro de los entrevistados por Alape: “entraba uno a un café con corbata roja, lo ponían a comérsela, lo hacían arrodillarse a gritar vivas a Laureano [Gómez]”.

El asesinato de Gaitán ocurrió en la tumultuosa y simbólica esquina de la Avenida Jiménez con la Calle Real (hoy carrera 7ª). En esta esquina estaba la sede del periódico El Tiempo, y se concentraban varios famosos cafés de la época, como El Molino, El Gato Negro, y en la otra esquina se encontraba la tertulia de La Cigarra. García Márquez (2000) que por entonces era un estudiante, recuerda: “...yo prefería *El Molino*, el café de los poetas mayores, a sólo unos doscientos metros de mi pensión y en la esquina crucial de la Jiménez de Quesada con la carrera séptima”.

Herbert Braun (1987: 383-384) al relatar sobre los movimientos de los primeros manifestantes después del asesinato de Gaitán, destaca a los cafés como lugar de observación durante los hechos, y precisa “tampoco participó ‘todo el mun-



RICARDO RENDÓN,
Dibujo de
José Restrepo Rivera.
Revista Pan, 1939.

do’. Muchos permanecieron en los cafés, o miraban desfilas a los demás...”. Las crónicas dan cuenta que los cafés del centro formaron parte significativa del escenario donde sucedió el trágico acontecimiento. Marino López Lucas (Alape, 1983: 223-226) recuerda que él y unos amigos estaban en el Café Colombia, ubicado frente al lugar donde mataron a Gaitán, “...aproximadamente en la mitad del café y en una mesa de las centrales. Todo el mundo se puso de pie y yo también y miré hacia la calle. Entre las personas que había por delante de mí, vi caer al suelo o inclinarse con la cabeza hacia San Francisco a un señor con vestido gris...”. García Márquez (2006) al recordar el momento cuando se enteró de la noticia de la muerte de Gaitán, dice:

No me habían servido la sopa cuando Wilfrido Mathieu se me plantó espantado frente a la mesa. -Se jodió este país -me dijo-. Acaban de matar a Gaitán frente a El Gato Negro. [...] Apenas si tuve alientos para atravesar volando la Avenida Jiménez de Quesada y llegar sin aire frente al café El Gato Negro, casi en la esquina con la carrera séptima.

⁵ En *El Bogotazo. Memorias del olvido*. (1983), Arturo Alape reconstruye la memoria de la multitud que participó en los hechos del 9 de abril, de aquellos a los que llamaron “la turba gaitanista”.



MUSEO MILITAR

Calle 10 N° 4-92.

En el lugar se levantaba la residencia del patriota Antonio Ricaurte, de la que se conserva una piedra que data del año 1756. El edificio, de estilo republicano, se encuentra en un alto grado de conservación, tras la decisión de transformarlo en museo, cuya colección proviene del material del antiguo Museo de Armas de la Escuela Militar de Cadetes José María Córdova, fundado en 1956, testimonio de la historia militar en Colombia.

De modo que los cafés se convirtieron en “miradores” desde donde los parroquianos observaron el hecho mismo y los actos inmediatamente posteriores. Unos participaron del hecho mirando desde dentro, otros saliendo a ver lo sucedido, otros corriendo a pregonar la noticia o intentando ayudar al herido.

Al producirse el asesinato de Gaitán, el gentío en el centro se hizo cada vez más denso y los cafés pronto bajaron sus cortinas metálicas y sus meseros se unieron a la multitud. A partir de entonces, algunos de los cafés del centro nunca volvieron a abrir sus cortinas metálicas. El bogotazo marcó el fin de los cafés, un espacio público por excelencia para los bogotanos.

Con el clarín agonizan los espacios públicos de Bogotá

“Era la una y cuarto de la tarde... el corazón de Jorge Eliécer Gaitán el jefe más querido del pueblo, dejó de latir. Lo que vino después fue el caos”.

Cromos. Mayo 8, 1948.

El bogotazo no sólo impactó en los cafés, sino que abrió el camino para decretar medidas referentes al ordenamiento de todo el espacio público. Por una parte se creó la Junta de Planeamiento de la Reconstrucción de Bogotá que arrasó “a pico y pala” con parte del centro de la ciudad, y por otra parte se reorganizó el sistema represivo. El objetivo fue ordenar la ciudad, y en particular sus espacios públicos para así poder disciplinar a la sociedad. En síntesis, se buscó “civilizar” a la población y expresar de manera contundente dónde estaba el poder.

El orden social se impuso en Colombia a través del estado de sitio, una medida de aplicación en momentos excepcionales que partir de 1948 se convirtió, con sólo algunos intervalos, en un régimen permanente⁶. Para ello se reorganizaron los cuerpos represivos del Estado, trasladando el control del orden público al ejército, y pasando la institución policial a tener carácter técnico⁷.

La declaración de turbación del orden público y consecuentemente la del estado de sitio en toda la República, expedida al día siguiente del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán⁸, fue acompañada por la prohibición de expendio y consumo de bebidas alcohólicas en la capital de la República⁹, y la censura a la prensa y las telecomunicaciones¹⁰.

⁶ El estado de sitio implica vigilancia militar, en el que se suspenden ciertas garantías individuales y sociales. En Colombia esto abarcó casi todo el período entre 1949 y 1958.

⁷ Decreto N° 1403 de 1948 (abril 30).

⁸ Decreto N° 1239 de 1948 (abril 10), ratificado por el Decreto N° 1259 de 1948 (abril 16), de acuerdo al artículo 122 de la Constitución Nacional.

⁹ Decreto N° 1257 de 1948 (abril 15).

¹⁰ Decreto N° 1271 de 1948 (abril 18).

El bogotazo no sólo impactó los cafés, sino que abrió el camino para decretar medidas referentes al ordenamiento de todo el espacio público.

Estas disposiciones no sólo se destinaron a controlar cualquier rebeldía o síntoma de protesta, sino a afectar la vida de la ciudad. Fundamentalmente el toque de queda (ley marcial) generó un cambio inmediato en las costumbres nocturnas y despertó temor y el extrañamiento de los espacios públicos entre los bogotanos.

El imperio de la ley marcial llegaba luego de las nueve campanadas de la iglesia de San Francisco, con el sonido de la corneta militar, anunciando el cierre de puertas y el recogimiento de los habitantes de la urbe. Una crónica en *El Tiempo* (abril 26, 1948: 7) describe cómo la ciudad se iba apagando:

A las ocho de la noche, la soledad es casi completa. Ya los cafés y las tiendas [...] comienzan a cerrar sus puertas. Ya por las calles no pasan figuras humanas sino sombras embozadas que silenciosamente huyen. Las patrullas de soldados comienzan a tomar posiciones en las esquinas y el ambiente se va haciendo más lúgubre. Los automóviles comienzan a transitar más rápidamente, en busca de refugio. Los tranvías y los buses han desaparecido de las calles. Todo comienza a indicar la total, la completa, la abrumadora soledad de la noche [...] la soledad ha llegado a su punto culminante cuando las nueve campanadas suenan y retumban en toda la ciudad silenciosa [...] al terminar la novena campanada, el clarín echa a los vientos su lúgubre advertencia y sobre la ciudad muerta solamente restalla el brillo de los cascos de acero de los soldados. De ahí en adelante, quien salga a la calle puede estar exponiendo su propia vida.

Esta represión ejercida sobre el espacio público abortó el proceso de democratización espacial que venía sucediéndose desde los años 30 en la ciudad. Proceso que enfrentaba a las clases subalternas con

los intereses detentados por las clases dominantes, perdiendo éstas parte del control espacial y político de la ciudad. El bogotazo significó un “desembarco” de los grupos que detentaban el poder en el espacio público, con el objetivo de domesticar en su provecho a las masas revoltosas.

Para ello se necesitó hacer una dramatización exagerada de los sucesos acaecidos el 9 de abril para dar consistencia al tema de las clases peligrosas y hacer resurgir el tema de los pueblos no civilizados y violentos (Pécaut, 1987: 604). El bogotazo, en relación a la intervención física de la ciudad, fue un hecho coyuntural al proceso de “modernización” que se venía dando, pero fundamentalmente fue decisivo en cuanto al uso de la ciudad. Fue una especie de “revolución” destinada a “poner las cosas en su lugar”, a corregir los vicios y regresar a un orden urbano preestablecido.

Desde entonces, la presencia y el control por parte de las fuerzas militares de los espacios públicos se hizo habitual, se suprimieron las funciones nocturnas de los cines y teatros, se cerraron los cabarets, clubes y restaurantes nocturnos, las tiendas y cafés bajaron sus cortinas temprano, y los bogotanos se recluyeron en sus casas a escuchar las radionovelas y noticieros. Así, Bogotá fue olvidando el bullicio, la alegría, las luces de neón, y sobre todo perdió el placer y la libertad de andar por la ciudad.

Por lo tanto, el 9 de abril simbolizó el golpe más fuerte contra las prácticas sociales de la ciudad, a partir de entonces la clase media y “el habitante ciudadano humilde, que tanta actividad mostró en la década del cuarenta, fue definitivamente desterrado de las calles de las grandes urbes” (Vega-Rodríguez, 1990: 15), replegándose a sus espacios íntimos. De este modo, los espacios públicos pasaron al control directo del aparato represivo, y las clases dominantes se reapropiaron de la ciudad.

Sumado a esto el espacio urbano se intervino paulatina y crecientemente en función del capital: construcción, demolición, re-construcción. Era un cambio no tan expedito como se esperaba; aunque sí



PARQUE CENTRAL BAVARIA

Cra. 13 a la Av. Caracas y de las Calles 27 a 32.

En los años setenta, del siglo pasado, la Cervecería Bavaria deja su fábrica original, fundada hace más de 130 años por el alemán Leo Koop, e incorpora, años más tarde, el terreno y un par de edificios, “cavas y falcas”, a la ciudad desarrollando este proyecto de renovación urbana. Hoy, es un centro de usos múltiples: vivienda, comercio, ocio y trabajo, desarrollado con sentido humano y ecológico, pensando en la comodidad de los bogotanos.

eficiente en cuanto a destruir fundamentalmente espacios con memorias y significado, y provocar el “extrañamiento” y destrucción de los aún débiles lazos entre sus habitantes. Esa constante transformación del espacio durante más de una década obstaculizó el formar vínculos emocionales y significantes entre los habitantes y el espacio público, y privó a las masas de formarse como ciudadanos a través del uso de esos espacios.

Este conjunto de transformaciones en la forma de vivir la ciudad afectaron la vida cotidiana y la esfera pública, es decir, el ejercicio de la ciudadanía, señala Jordi Borja (2003) que “La ciudadanía es una conquista cotidiana [...] El ciudadano lo es en tanto que ejerce de ciudadano, en tanto que es un ciudadano activo, partícipe de la conflictividad urbana”, y para ello el habitante urbano debe estar dispuesto para la acción, debe tener la voluntad de ejercer las libertades urbanas “de asumir la dignidad de considerarse igual a los otros”.

Frente a esto cabe hacernos la pregunta: ¿en un ambiente de represión simbólica y física, cuáles fueron los modelos de vida urbana posibles de surgir? Consideramos que estos hechos ocurridos en la década del cuarenta, han sido el factor clave para entender muchas de las ausencias y abandonos que desde entonces han sufrido los espacios públicos de la ciudad de Bogotá. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Miguel Ángel; Sevilla, Amparo y Vergara, Abilio** (coordinadores). *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. (2001)
- Alape, Arturo**. *El Bogotazo. Memorias del olvido*. Bogotá: Pluma. (1983)
- Álvarez Guzmán, Carlos Gustavo**. *Bogotá de memoria*. Bogotá: EPM. (2002)
- Aprile-Gnisset, Jacques**. *La ciudad colombiana, prehispánica, de conquista e indiana*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, Colección Textos Universitarios. (1991)
- Bonnett Vélez, Piedad**. *Imaginación y oficio. Conversaciones con seis poetas colombianos*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. (2003)
- Borja, Jordi**. “Ciudad y ciudadanía. Dos notas” en: *Working Paper N° 177*. Barcelona: Instituto de Ciencias Políticas y sociales. (2000)
- Braun, Herbert**. *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. (1987)
- Delgado, Manuel**. *Disoluciones urbanas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. (Diciembre 2002)
- García Márquez, Gabriel**. *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma. (2002)
- “Tres balazos cancelaron la cita de Fidel Castro con Gaitán” en: *El Nacional.com*. Caracas. (Mayo 24, 2006)
- Gorelik, Adrián**. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura en Buenos Aires 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. (1998)
- Joseph, Isaac**. *El transeúnte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público*. Buenos Aires: Gedisa. (1988)

- Pécaut, Daniel.** *Orden y violencia: Colombia 1930-1954.* Bogotá: Siglo XXI / CEREC. (1987)
- Rama, Ángel.** *La ciudad letrada.* Hanover: Ediciones del Norte. (1984)
- Rendón, Ricardo.** *Recuerdo, explicación e interpretación de Ricardo Rendón.* Artículos escritos especialmente para este volumen por Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo y Gabriel Cano. Medellín: Colina. (1976)
- Rossi, Aldo.** *La arquitectura de la ciudad.* Barcelona: Gustavo Pili. (1982)
- Salcedo Hansen, Rodrigo.** “El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno” en: Revista *Eure*, Vol. 28, Num. 84. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile / Facultad de Arquitectura y Bellas Artes / Instituto de Estudios Urbanos. (2002)
- Salcedo Salcedo, Jaime.** “El legado urbano” en: Jorge Alberto Jaramillo (Compilador). *Cien años de arquitectura en Colombia. XVII Bienal de arquitectura 2000.* Bogotá: Sociedad Colombiana de Arquitectos. (Noviembre 2000)
- Thompson, Edward.** *Costumbres en común.* Barcelona: Crítica. (1995)
- Vega Cantor, Renán y Ruiz, Eduardo Rodríguez.** *Economía y violencia. El antidemocrático desarrollo capitalista en los años cincuenta.* Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. (1990)
- Cromos.* Revista semanal ilustrada. (Revisada, de 1945 a 1955)
- El Tiempo.* Periódico matutino. (Revisado, de 1945 a 1955)

ANA MARÍA CARREIRA

Arquitecta de la Universidad de Buenos Aires, magíster en planificación del desarrollo regional de la Universidad de Los Andes y doctora en historia de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es profesora titular del departamento de Humanidades de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.



RENDÓN EN EL CAFÉ.
PARADOJA GEOMÉTRICA DE LUIS TEJADA.
Cromos, julio de 1922.